



IdIHCS | Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género

Eje: 5 Sexualidades

Coordinadoras Paula Torricella y Magdalena de Santo

Subjetividad y subalternidad: Un diálogo entre feminismo, filosofía y política

Camila Charask y Renata Prati

camicharask@gmail.com, renataprati@gmail.com

Universidad de Buenos Aires

¿Por qué deberían nuestros cuerpos terminar en la piel?
Donna Haraway

Jamás se ha sabido cómo recortar un sujeto.
Jacques Derrida

Hay que actuar

En gran medida la crítica feminista reciente a la construcción social y desigual de las relaciones entre géneros se enmarca en un rechazo posmoderno del sujeto como concepto rector de un sistema jerárquico, esencialista y falogocéntrico. Es así como gran parte de las paradojas del feminismo, entendido como teoría y práctica, abrevan en lo que consideramos una de las tensiones fundamentales del pensamiento político contemporáneo: la disyuntiva entre, por un lado, una pureza y coherencia teórico-políticas pero la inacción, y por el otro, el riesgo de actuar y recaer en lo criticado. Es decir, en la medida en que, de alguna manera, la acción política sigue requiriendo alguna figura de sujeto agente, se plantea, para quienes buscan desbordar esa subjetividad, un horizonte complejo: el de preservar la agencia, transformando al sujeto, construyendo uno nuevo.

Si puede pensarse que este es el mayor desafío del pensamiento político actual, con mayor razón creemos que se halla, por derecho propio, en el corazón de la teoría y prácticas feministas. En el camino a la emancipación, es preciso ante todo cuestionar los mandatos y moldes que nos han constituido como mujeres subalternas; pero, para ello, debemos y elegimos pararnos en esa identidad femenina y subalterna, como principio y estrategia política paradójica. La crítica -la propia voluntad de crítica- nos conmina a deconstruirnos como mujeres, pero la acción política, que reconocemos necesaria, nos obliga a pararnos inequívocamente en una cierta forma de subjetividad agente.

Trataremos, pues, de poner en diálogo reflexiones y experiencias diversas en el intento de repensar el rompecabezas político por un mundo mejor; para ello, consideramos imperioso encontrar una reelaboración -siempre una traición- de las viejas ideas de sujeto y poder, es decir, maneras otras de situarnos en el mundo y actuar en él, de relacionarnos.

Tanto en el pensamiento político como en círculos feministas se han imaginado y defendido una rica variedad y cantidad de figuraciones alternativas del impugnado sujeto moderno. En esta oportunidad elegimos ensayar, como ficción de turno, la noción de subalternidad buscando con ella pensar una agencia política novedosa de una otra marginada que parte de la reivindicación de su otredad, de la multiplicidad, el cambio, la diferencia; que no las fagocite, sino se funde en ellas.

Podríamos decir que el concepto nos permite conjugar dos necesidades teórico-prácticas del feminismo, así como en su momento, al ser reivindicado por Antonio Gramsci, respondía a necesidades análogas en la tradición de un pensamiento de izquierda: por un lado, seguir dando cuenta de relaciones de poder injustas. En este sentido, el sub-alterno es -literalmente- el otro menor, inferiorizado, pero necesario y constitutivo de la relación de poder: son esas "zonas 'invivibles', 'inhabitables' de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo 'invivible' es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos" (Butler, 2002: 20). Pero, por otro lado y sobre todo, dar cuenta también de la fragmentación de ese otro, que ya no puede ser pensado como un bloque oprimido, único y homogéneo. Si lo subalterno no se funda ya en lo idéntico, ni en lo común; su unidad no se logra por subsunción. Se tratará de pensar entonces otras maneras de conjugar este sujeto político colectivo, sobre bases abiertas y heterogéneas.

Poder y alteridad

La alteridad, para nosotras, es un problema fundamental y un terreno político crucial en tanto en las relaciones interpersonales se juegan y se ejercen relaciones de poder. Entendemos como necesario reflexionar en torno a la sexualidad y al poder como relación. El feminismo tiene una larga, rica e invaluable tradición de problematizaciones del poder desde una perspectiva radical de opresión y sometimiento, y ha permitido en este sentido visibilizar relaciones desiguales de poder en ámbitos que el pensamiento político de raigambre occidental -y masculina- había dejado de lado. Sin embargo, como señala Carol Vance, "cuando el placer ocupa un espacio público cada vez más pequeño y un espacio privado cada vez más culpable, los individuos no ganan poder: simplemente se ven privados de la fuente de su propia fuerza y energía." (Vance, 1989: 19)

En esta línea, consideramos que pensar en el terreno de la sexualidad las cuestiones del placer y el encuentro permite restituirle al poder una dimensión alternativa, desbordando los moldes de la opresión y la cosificación hacia una tematización más comprehensiva y fructífera de lo que sea y pueda llegar a ser el poder en las relaciones de género. Partimos de la convicción de que la pura crítica del poder nos llevaría, en última instancia, a una negación ingenua del mismo: no se trata, creemos, de negarlo y construir una supuesta sociedad sin relaciones de poder, puesto que, en nuestra perspectiva, este camino conduce a un lugar utópico, contradictorio, que en definitiva reproduce lo existente. Como señala Alice Echols, "debemos enfrentarnos a la posibilidad de que el poder sea inherente a la sexualidad, en vez de suponer que el poder simplemente se desvanece en relaciones igualitarias" (en Vance, 1989: 110-1). Debemos enfrentarnos a la posibilidad de que el poder no sea sólo lo que es, sino que pueda ser concebido y reivindicado en un sentido positivo.

En este punto, retomaremos una línea foucaultiana, comprendiendo al poder como una relación constitutiva de subjetividad e intrínsecamente inestable. A sí, no habría un afuera del poder, sino una apertura en su interior. ¿Cómo pensar este espacio? Se trataría, creemos, de una construcción alternativa de un poder otro, que, partiendo de lo existente, apunte a recoger las disonantes notas de esta crítica contemporánea y feminista del poder y la subjetividad.

Consideramos que es una tarea del pensamiento político y feminista darle lugar e importancia al terreno de la sexualidad, entendiéndolo como un espacio de poder en que se juegan las relaciones entre subjetividad y subalternidad, en representaciones, acciones, deseos de los y las sujetos íntimamente involucrados. De alguna manera, creemos o queremos creer que éste es uno de los espacios de poder en el que pueden hacerse posibles el acontecimiento y el encuentro, entendidos como búsquedas ante todo, que desbrozan el camino minado y paradójico de nuestro presente hacia un futuro otro.

Nos proponemos en esta ponencia poner en juego, dentro de este marco trazado, ciertas figuras de la sexualidad: el cuidado, la desnudez, la voz. Esperamos que este recorrido nos permita problematizar una reivindicación militante de un sujeto alternativo. Creemos que, si la tematización acerca del poder que ha realizado una nueva izquierda recogiendo aportes de diverso signo, tiene aportes valiosos que hacer a un pensamiento del poder en la sexualidad, hay que reconocer a su vez el aporte irrenunciable del feminismo a toda práctica política que se reivindique innovadora y transformadora: la importancia del cuerpo, de lo íntimo, de la experiencia.

El cuidado

El cuidado del cuerpo y de sí en general es, quizás, el trasfondo más usual de las reivindicaciones de las mujeres en lo que concierne a la sexualidad: es una premisa básica en las campañas contra la trata, por el

aborto y por la educación sexual. De esta manera, es un tópico que nos puede permitir pensar estas tensiones de la acción política contemporánea: ¿desde dónde partimos y hacia dónde vamos? Siguiendo a Derrida, intentaremos pensar el cuidado como una cuestión de límites y propiedad, tomando un rodeo de la manera más cercana a nuestro sentido común de abordar estos temas:

“De lo que aquí estamos hablando es, en efecto, del concepto de cuidado, de cura, de custodia, de *cura*, y de la cuestión de saber si se puede rodear de cuidados, como suele decirse, sin rodear de límites reapropiadores. Inventar límites, instalar límites, he aquí el arte del que hablamos. Y se trata a la vez de un arte de cuidar y de encerrar. Entre la bestia y el soberano, la única cuestión es la de los límites y la de saber si un límite es divisible o indivisible.” (Derrida, 2010: 349-350)

Lo que señala Derrida en este punto es que el cuidado es parte esencial de la constitución del sujeto como constitución, al mismo tiempo, de un otro diferente y controlado. El cuidado es no sólo la estructura que traza la línea entre cuerpos que merecen ser cuidados y cuerpos que no (lo abyecto de Butler, lo que queda afuera del sujeto, en este caso), sino también una manera de apropiarse de esos cuerpos que sí cuentan como sujetos. El cuidado es, por lo tanto, una forma de domesticación y neutralización y, al mismo tiempo y disimuladamente, una exclusión o forclusión impune de los cuerpos que no merecen ser cuidados.

En estas dos vertientes críticas para pensar la figura del cuidado, que remiten a dos sentidos de límite y propiedad, podríamos decir que el feminismo se ha concentrado en la segunda, impugnando ese límite construido entre lo que debe ser cuidado y lo que queda fuera. Este eje mueve a Butler cuando, en la introducción a *Cuerpos que importan*, se pregunta:

“¿Qué oposición podría ofrecer el ámbito de los excluidos y los abyectos a la hegemonía simbólica que obligara a rearticular radicalmente aquello que determina qué cuerpos importan, qué estilos de vida se consideran ‘vida’, qué vidas vale la pena proteger, qué vidas vale la pena salvar, qué vidas merecen que se llore su pérdida?” (Butler, 2002, 39)

En el terreno más íntimo de la sexualidad, cabe preguntarse también por el otro sentido de límite que instauro el cuidado, y que es el reclama para sí la mujer subalterna cuando pide educación sexual: el límite que construye el *propio* cuerpo, que recorta y moldea un sujeto. Si al menos uno de los impulsos del feminismo puede ser entendido como ese incómodo salirse fuera de los moldes encorsetadores, esa resistencia a la integración como asimilación y domesticación, ¿cómo tenemos que entender el valor político de esta reivindicación?

Si la justicia y la ética, para Derrida, se fundan en la prioridad del otro, en la “incalculabilidad del don y la singularidad de la exposición no-económica a otro” (Derrida, 1995: 24), ¿qué tipo de relaciones construimos cuando reclamamos el derecho a resguardarnos, a atrincherarnos en un espacio seguro? Lo que nos parece importante aprender de la sexualidad es el inmenso riesgo que implica toda relación, en la medida en que el otro es eso: sencilla y radicalmente otro. Podemos tratar de asegurarnos, ya resguardándonos, ya controlando al otro, reduciendo su alteridad a una cómoda y tranquila semejanza, pero esa alteridad siempre resurge. Puede ser potente y vital o puede ser dañina, en su inagotable carácter de acontecimiento: es el riesgo que anuda placer y peligro.

Creemos que lo que se hace evidente en este punto es, en vocabulario derridiano, la tensión entre derecho y justicia, entre nuestros “hay que” de aquí y ahora y los horizontes que queremos mirar. Por lo pronto, está ya en curso la corrosión de los límites, fronteras de lo que debe ser cuidado y amado. El feminismo es una entre otras fuentes de alteridad desbordantes, la resistencia del suba/terno a ser reducido y reificado como tal. El camino hacia la justicia, en el sentido derridiano, es decir, hacia el respeto incalculable por esa alteridad, no es un camino ni lineal ni gradual. Quizás podamos entender, junto con Spivak, al cuidado como una reivindicación catacrésica: nombres que “se toman prestados” de aquello mismo contra lo que se los empuña, puestos a jugar en otra economía de pensamiento, producen un desplazamiento de la misma. No queremos entender al cuidado de sí como un escalón más, que sorteamos y conservamos, sino como una manera más, entre otras, provisoria pero necesaria de corroer límites y apropiaciones en sus inestabilidades constitutivas.

Desnudez

En primer lugar, para poder complejizar la figura de la desnudez, partimos de la mano de Bataille: tomando sus conceptos de continuidad y discontinuidad intentaremos trazar la fusión paradójica que desde nuestra perspectiva significa el encuentro, enfocado en esta oportunidad, quizás paradigmáticamente, en el plano de la sexualidad.

La discontinuidad en Bataille es la búsqueda permanente de aquello que nos falta, de aquello a lo queremos volver. En ese sentido, el acto sexual – y más precisamente el orgasmo – sería la continuidad, la fusión de objetos independientes: el encuentro posible. Hay entonces un mar de abismos que deben cruzar los aislados

(cada unx) para encontrarse (juntxs). Creemos que pensar el encuentro y el erotismo desde esta perspectiva nos permite no sólo imaginar formas palpables de ese salirse fuera del sujeto, sino también zambullirnos en la complejidad de lo que refiere al “experimentar juntos”, dando cuenta de que el abismo nos arroja a reconocer al mismo tiempo incluyendo la existencia del sí mismo y del otro.

A simismo, no debemos olvidar que es este terreno, el de la sexualidad, uno que siempre ha estado, para las mujeres, íntimamente asociado a la oscuridad, al secreto, al peligro. Para Bataille, este orgasmo está estrechamente relacionado con la muerte, “*la petit morte*”, denotando que acercándonos entre nosotros y a la muerte se puede experimentar el placer y el encuentro. La paradoja es intrínseca al encuentro, al instante de plenitud: el “más de uno” siempre implica el riesgo, puesto que el otro es siempre imprevisible; los miedos, innumerables, la muerte de los sujetos. La desnudez puede ser pensada como ese estado de ex-posición ante el otro, en el que el sujeto abdica de sí mismo, saliéndose de sus orgullosos ropajes, poniéndose fuera, ante un otrx. No hay encuentro posible si no es desde este desplazamiento y desapropiación de unx mismx.

Quisiéramos pensar una ética y una política que, partiendo de reconocer el peligro, el secreto, la tragedia del lugar del encuentro como espacio de apropiación y violencia, no se quede solo en esos matices del riesgo. Si podemos ya dejar de pensar el terreno de la sexualidad como un lugar maldito, creemos que debemos resignificar el *otro* del encuentro, que siempre es riesgoso y secreto, inaferrable: la figura del otro como el “juntxs” que nombrábamos antes. Este punto nos parece uno de los vértigos más importantes en lo que refiere al poder, al encuentro: esto es, quizás, al poder *del* encuentro y de la alteridad.

A partir de esto podemos entrelazar dos conceptos antes esbozados, por un lado, la añoranza de encontrar en el otro eso que a uno le falta, ese deseo insaciable de que encontrar lo perdido, “la capacidad fantasmática de hacer aparecer como perdido un objeto inapropiable” (Cragnolini, 2007: 103); y por otro, construir como perdido aquello inapropiable, ¿y qué más inapropiable que un otrx? En clave nietzscheana podríamos pensar que siempre hay más de uno, porque uno siempre son –al menos– dos, “que no hay identidad sin esa diferencia desgarradora que muestra que siempre está el otro en uno a partir de ese cruce de fuerzas que nos constituyen” (Cragnolini, 2007: 107).

Retomando el tema de la muerte, podemos pensar en el desnudarse y el despojarse no está sólo la muerte propia como sujeto autosuficiente: la desposesión se vivencia con la muerte del otro, antes que con la propia, porque “el acto de la muerte patentiza lo que ya está siempre en toda relación con otro: la ausencia y el diferimiento” (Cragnolini, 2007: 132). Entonces y desde la figura de la desnudez y el erotismo de Bataille podemos pensar en construir una subjetividad otra, un encuentro, una comunidad otra en la cual están los que “aman alejarse”, de los que saben de la fugaz continuidad y aceptan y abrazan la inevitable, irreparable discontinuidad:

“ama al prójimo quien busca mismidades desde la propia mismidad, quien necesita los espejos identificatorios que aseguran y conservan la propia identidad; para amar al lejano hay que saberse desde ya atravesado por la otredad (...) El Otro se introduce en ese supuesto terreno de mismidad, haciendo patente su irreductibilidad, y con ello, la disimetría de toda relación. El “Ven” no es un ruego, ni una demanda, es la aparición de lo heterogéneo que desborda toda conciencia y mismidad” (Cragnolini, 2007: 134-5)

Creemos que, en esta asimetría y heterogeneidad constitutivas de la relación, enfrentrar la desnudez, la exposición, es sobre todo un riesgo -el peligro de no poder calcular ni apropiarse del otro- pero que es eso mismo lo que incita al encuentro, al acontecimiento del encuentro.

Voz, tartamudeo y temblor

Sin embargo, “para anunciar la muerte del sujeto se debe haber ganado primero el derecho de hablar como tal”, sentencia Rosi Braidotti (1991: 103, citado por Madrid Ramírez, 2001: 419). ¿Cómo se gana ese derecho? ¿Puede ser dado? ¿Cómo tomar la voz sin reproducir el grito ensordecedor del sujeto que se quería combatir? ¿Cómo hacerse oír sin hablar encima del otro? ¿Cómo hablar sin decir “yo”, o cómo decir yo sin decir “yo primero”?

La sentencia de Braidotti nos evoca una marea de preguntas y tensiones en torno a la *agencia*: por comenzar, la contradicción irreductible entre derecho –o derechos– y justicia en el sentido derridiano, ¿es necesario pasar por la figura del sujeto y sus derechos, como quien sube una escalera?, ¿o se deben buscar políticas más bien prefigurativas, maneras otras de relacionarnos y actuar.

A cto seguido, estos problemas nos plantean inquietudes sugerentes en torno a la imbricación entre sujeto y agencia. Al comenzar esta ponencia, dijimos que nos movía la necesidad de encontrar nuevas figuraciones de subjetividad que sostuvieran formas urgentes de acción. En este punto, deberíamos sospechar de nosotras mismas, pensar si no nos mueve el viejo prejuicio de encontrar sustancias y sujetos *detrás o antes* de fenómenos y acciones. Si, como dijera Nietzsche, “no hay ningún ‘ser’ detrás del hacer del actuar, del devenir;

‘el agente’ ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo” (GM, I, § 13), el sujeto está realmente muerto, o, mejor, siempre fue un fantasma: es decir, nunca fue realmente él quien actuaba. No hay nada ni antes ni detrás de la acción, se trata de una superficialidad en movimiento, múltiple, de agenciamiento puro. Pero ¿qué sentido político y concreto puede tener hoy, para nosotras, pensar el hacer por sí solo?

Pensando estos problemas en el ámbito de la sexualidad, con las figuras de la voz, el tartamudeo y el temblor, quisiéramos sugerir, puntualmente, dos posibles sentidos para este lugar paradójico del agenciamiento subalterno, como desplazamiento del viejo sujeto, pero, a la vez, una inequívoca reterritorialización de cierto agente.

En primer lugar, la corrosión del dualismo entre acción y pasión que se puede encontrar en un pensamiento de la sexualidad: la “amancia” derridiana es esa “voz media, más allá o más acá del amar (de amistad o de amor), de la actividad y de la pasividad, de la decisión y de la pasión” (Derrida, 1998b: 23, n. 6). Eso que la tradición occidental tanto se había preocupado por separar, la acción racional y autónoma enfrentada al sentimiento y a la pasión como *pathos*, se muestran ya confundidos. Por otro lado, la presencia inquietante y atravesante de lo otro: ¿dónde trazar el límite entre dos cuerpos cuando éstos buscan confundirse? ¿Cómo determinar con certeza de cuál cuerpo proviene el estremecimiento, o dónde se origina el movimiento, de dónde surge la voz?

La agencia en la sexualidad puede ser, contra todo lo que Occidente quiso hacer de ella, múltiple, heterogénea, no voluntaria, no consciente, alter-ada, atravesada. Creemos que el subalterno puede hablar, claro, pero quizás lo interesante sea escucharlo decir cosas sin sentido, quizás sea su tartamudeo lo que más nos signifique, en cuanto formas diferentes de tomar una acción.

Poner el cuerpo

¿Qué pasa con el sujeto, entonces, en esta empresa deconstructiva? Lo que creemos que resta de él, ¿podrá seguir siendo llamado sujeto? ¿Nos sirve conservarlo? “El sujeto, si debe haberlo, viene *después*”, nos dice Derrida. Entendemos que primero tendremos que enfocarnos en el otro, en la agencia, en el encuentro, en el inagotable acontecimiento que es el vínculo. Situarnos y sostenernos como podamos en ese terreno arenoso y paradójico.

La redacción de esta ponencia fue, para nosotras, un riesgo y un desafío. No sólo, de nuevo, la ex-posición, sino y sobre todo, el dejar entrar a la otra en la palabra propia, o el recíproco tomar, inseguras, la palabra frente a una otra, amiga, sí, pero otra y ajena al fin. La intimidad, por suerte, siempre resulta extraña, y en toda escritura siempre hay –cuando menos– cuatro manos.

Bibliografía

- Bataille, Georges (2006), *El erotismo*, trad. A. Vicens y M. P. Sarazin, Tusquets, Buenos Aires
- Braidotti, Rosi (2000), *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*, trad. A. Bixio, Paidós, Buenos Aires
- Butler, Judith (2007), *El género en disputa*, trad. M. A. Muñoz, Paidós, Madrid
- , (2002), *Cuerpos que importan*, trad. A. Bixio, Paidós, Buenos Aires
- , (1997), “Actos performativos y constitución del género”, *Debate feminista*, vol. 18, México
- Cragolini, Mónica (2007), *Derrida, un pensador del resto*, La cebra, Buenos Aires
- Deleuze, Gilles (2006), *Deseo y placer*, trad. S. Barei, Aición, Córdoba
- Deleuze, Gilles y Parnet, Claire (2004), *Diálogos*, trad. J. Vázquez Pérez, Pre-Textos, Madrid
- Derrida, Jacques (2010), *Seminario La bestia y el soberano*, trad. C. de Peretti y D. Rocha, Manantial, Buenos Aires
- (1995), *Espectros de Marx*, trad. J. M. Alarcón y C. de Peretti, Trotta, Madrid
- (1998b), *Políticas de la amistad*, trad. P. Peñalver, Trotta, Madrid
- (2005), “‘Hay que comer’ o el cálculo del sujeto”, trad. V. Gallo y N. Billi, *Revista Confines*, nº 17, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (2002), *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*, trad. U. Guiñazú, Siglo XXI, Buenos Aires
- , (2001), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza
- Madrid Ramírez, Raúl (2001), “Derrida y el nombre de la mujer. Raíces deconstructiva del feminismo, los estudios de género y el *Feminist Law*”, en *Anuario da Faculdade de Direito*, nº5, Universidad de La Coruña, España.
- Nietzsche, Friedrich (2002), *La genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid.
- Vance, Carol (1989), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, trad. J. Amícola y M. Topuzian, Hablan las mujeres, Madrid
- Spivak, Gayatri Chakravorty (2011), *¿Puede hablar el subalterno?*, El cuenco de plata, Buenos Aires